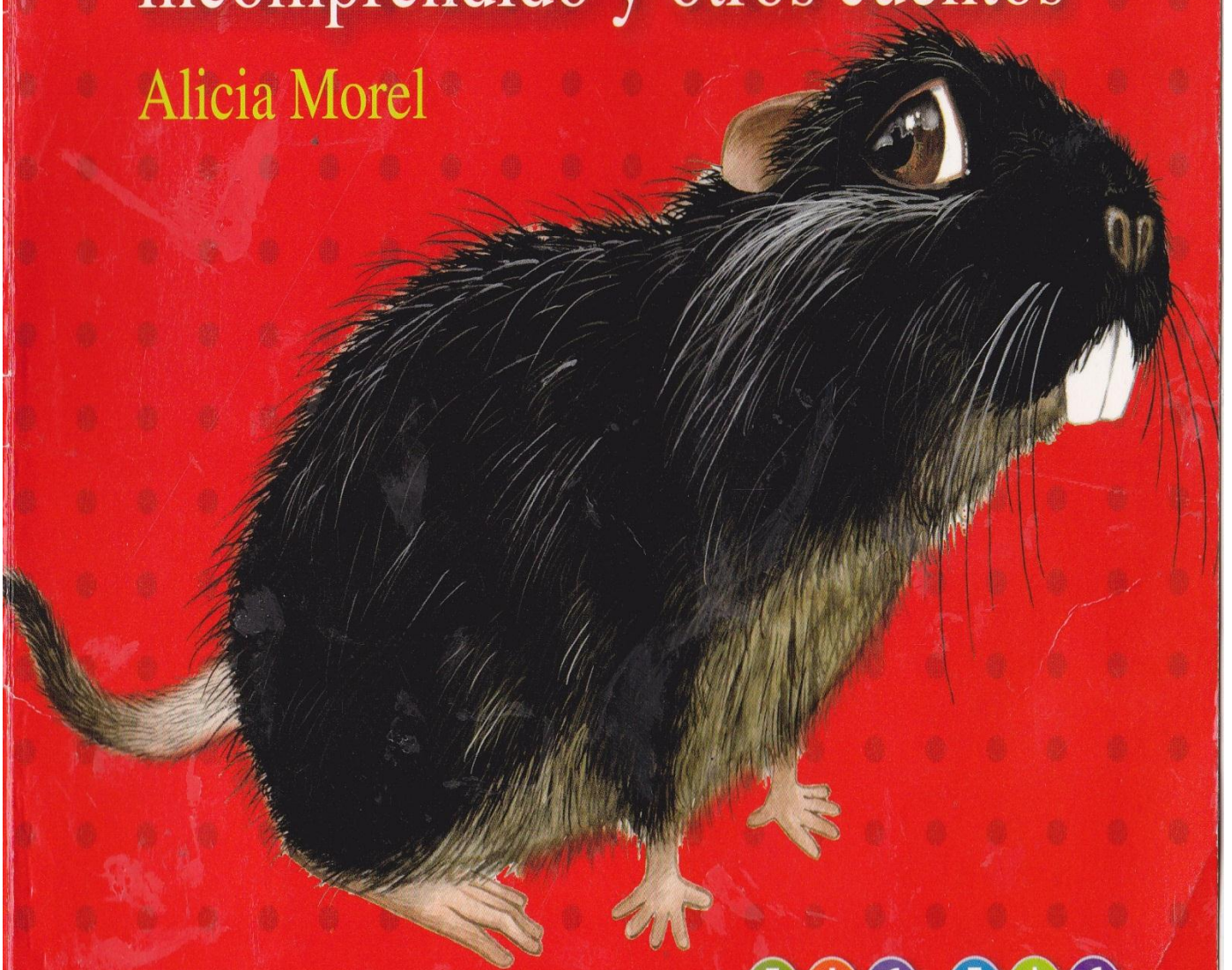


Lectorcitos

# EL CURURO

incomprendido y otros cuentos

Alicia Morel



Ilustraciones de Andrés Jullían



# El Cururo incomprendido

El Cururo, joven y entusiasta ratón del bosque, iba una mañana cantando por el camino secreto que le servía para transitar:

–Con la derecha  
me levaté  
por eso salto  
y caigo bien.  
La pata izquierda  
la esconderé  
y así este día  
me irá muy bien.

Esa noche, el Cururo había soñado que era el más sabio del bosque y que, al contrario del Chunchu, anunciaba sólo buenas noticias. Su canto despertó a la señorita Lagartija. Asustada, ésta abrió un ojo y miró al Cururo desde la piedra donde tomaba sol.

–¿Qué te ha puesto tan alegre? –le preguntó.

–Decidí ir a la escuela para ser sabio.



La Lagartija no pudo aguantar una carcajada.  
–¡Un ratón a la escuela! ¡Ay, nunca había oído algo así!  
–Porque eres una ignorante –chilló el Cururo, ofendido.  
–Insolente –gritó la Lagartija, ofendiéndose a su vez.  
–Seré más sabio que el Chunchu –continuó el Cururo–  
y no anunciaré desgracias sino que puras felicidades.  
–Eres un pretencioso –alegó ella.





–Me instalaré en la escuela hoy mismo. Prefiero ser pretencioso y no un pellejo lleno de sol como tú.

La Lagartija se quedó muda y verde de rabia.

–Abriré un agujero en el fondo de la sala de clase y desde allí oiré y aprenderé todo –continuó el Cururo, satisfecho.

–Eres el mismo intruso de siempre –logró decir al fin la Lagartija.



–Tengo “intrusidad” científica.

Y con un movimiento de cabeza y cola, el Cururo continuó el viaje.

La Lagartija lo miró alejarse con profundo desprecio y no tardó en dormirse de nuevo.

El Cururo llegó a la escuela incluso antes que la profesora y tuvo tiempo para abrir un buen observatorio.

Uno a uno fueron llegando los niños, algunos a pie, otros a caballo, porque esta escuela estaba en el campo.

La profesora empezó una clase que al ratón le pareció muy interesante, pero incomprendible. Le bailaban en la cabeza los números y las letras.

–Es difícil ser sabio –suspiró sin desanimarse.

La profesora llamó a un niño para que leyera. Pero el pobre Tuco no daba pie en letra.

–Es muy difícil, no se me queda nada de lo que leo. Prefiero los “monos”.





–Igual que yo –pensó el Cururo, esperanzado.  
–Mira, Tuco –advirtió la profesora–, los “monos”  
son mudos, en cambio las letras hablan, nos enseñan  
lo que significan los dibujos.

–Los libros no se hicieron para mí –alegó Tuco.

–Ah, ¿crees que se hicieron para que se los coman los ratones? –exclamó la profesora, impacientándose.

El Cururo dio un respingo al oírse nombrar; se sintió importante. Además, no se le había ocurrido comerse un libro y pensó que así podría ser sabio con mayor rapidez.

–Oye, Tuco, leeremos un libro de aventuras en clase y verás que los “monos” se te pintan solos en la cabeza –dijo la profesora, sacando del cajón de su mesa un libro grandote.



De solo verlo, al Cururo se le abrió el apetito.

Tuco empezó a leer a tropezones. A pesar de la dificultad, la historia no tardó en interesarle, sobre todo cuando continuaron leyéndola sus compañeros. Quedaron en un capítulo lleno de suspenso; tanto, que los niños, entre ellos Tuco, no hallaban las horas de que llegara la clase del día siguiente para continuar la lectura.



La profesora estaba feliz. Pero sin duda el más contento era el Cururo, que durante la noche se comió la historia completa, con “monos” y todo. La panza le quedó tiesa de sabiduría. Tuvo que alojarse en su escondite de la escuela, incapaz de dar un paso.

Al otro día los niños supieron que un ratón les había comido el cuento. Indignados, buscaron el agujero por donde el intruso se había metido a la clase y lo tapiaron cuidadosamente con latas y vidrios. El Cururo escuchó las cosas terribles que se dijeron de sus congéneres. Paso a paso se alejó de la escuela, sintiéndose incomprendido. Le costó mucho digerir el libro, por lo que tuvo que soportar las burlas de la Lagartija.



Sin embargo, no tardó en volar por el bosque el rumor de que el Cururo se había comido un libro y sabía mucho. Hasta el Chuncho fue a consultarlo para dar sus malas noticias. A pesar suyo, la Lagartija también tuvo que reconocer que se había hecho un sabio.

El Cururo vivió muchos años anunciando felicidades y resolviendo enigmas. Murió de viejo, condecorado de hojas secas, por ser el más sabio del bosque.



# L a discusión de los peludos

**E**l conejo Simón tenía un apetito feroz. Tenía también una esposa, Clarita, y una numerosa familia de ocho hijos, porque eran “octillizos”.

Un asoleado día de invierno, de esos en que dan ganas de correr y volar por campos y montañas, Simón llamó a su mujer para que sacara a tomar aire a la familia.

—¡Clarita, aprovecha el buen tiempo porque mañana va a llover!

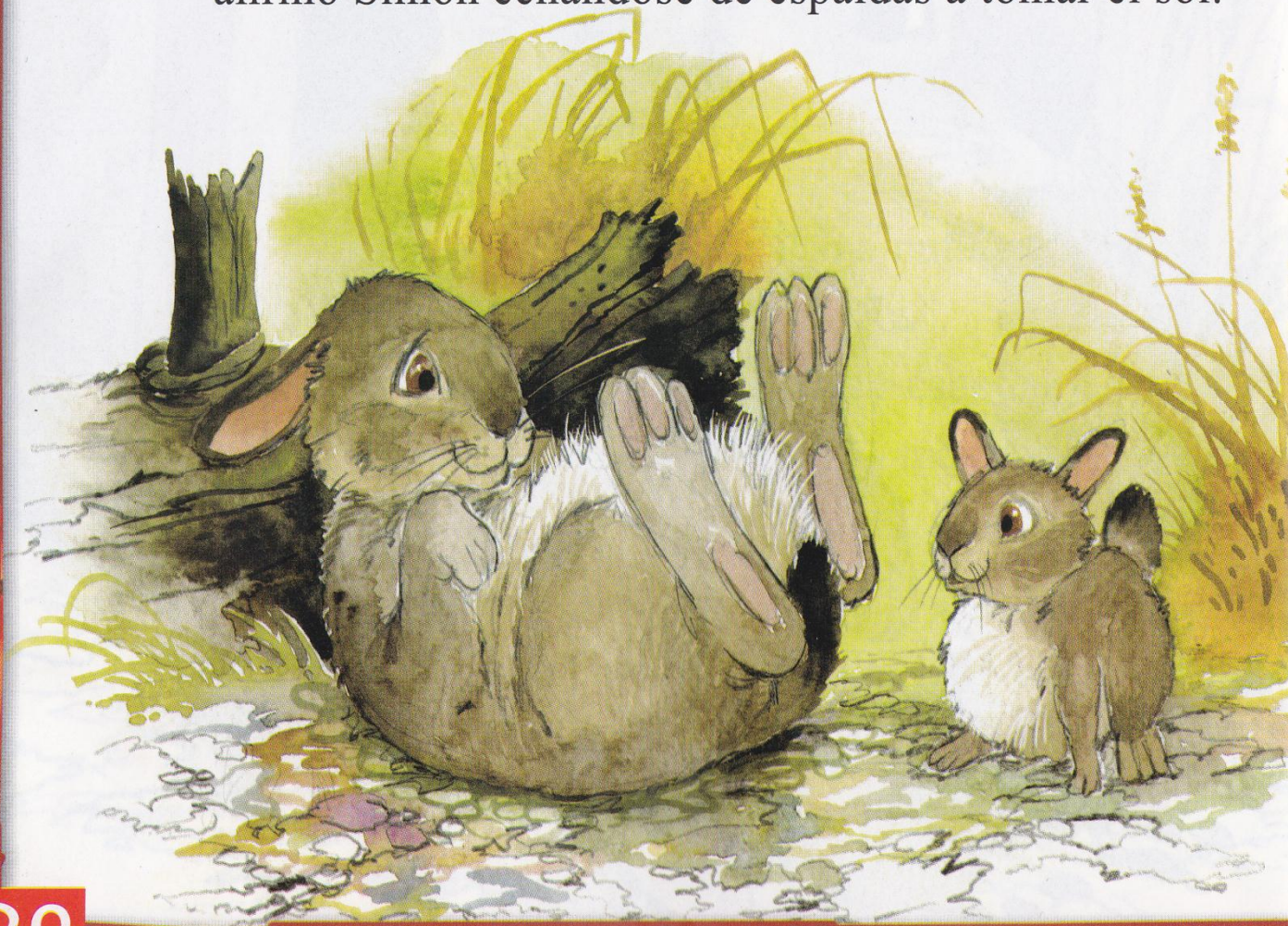


–¿Estás loco? Pueden venir los perros o el zorro que vive en el bosque cercano –contestó ella, asomando apenas la nariz por la madriguera.

–¡Qué perros ni qué zorros! Hoy es día de tregua.

–¿Estás seguro?

–No soy tan valiente como para estar panza arriba si hoy no fuera el día en que ningún cazador puede cazar –afirmó Simón echándose de espaldas a tomar el sol.



La familia entera salió entonces a retozar por el campo, celebrando la tregua como un día de vacaciones. Pero otro animal había salido a darse un baño de luz: Jacinto, el gato gris de doña Sara, que avanzaba entre las matas con los ojos entrecerrados. Se sentó cerca de la madriguera de Simón a mirar cómo jugaban los pequeños conejos. “Casi parecen ratones”, pensó, sintiendo ganas de perseguirlos. “Al menos les daré un buen susto”.





Y de un salto cayó en medio de los pequeños orejudos, que huyeron dando chillidos.

–¡El zorro, mamita, el zorro! –gritaban.

–Ese no es el zorro, es un gato –rió Clarita.

–Es un gatito, no más, que vive en la gran madriguera junto al camino – añadió Simón, riendo también.

Jacinto se ofendió.

–Conejo ignorante: la que llamas “madriguera” es una casa y te atreves, además, a llamarme “gatito”.

Alisándose los pelos con la lengua agregó:

–Yo soy de la raza angora. En cambio ustedes son unos conejos ordinarios color pardo, que no sirven ni para que los descueren.

Simón se molestó:

–¡Gato insolente! Habiendo tanto campo, tenías que venir a molestarnos en el patio de nuestra madriguera.

–No sabía que fueras propietario –se burló Jacinto.

–Lo soy por derecho natural. Vivimos en este lugar desde los tiempos de mis tatarabuelos, que llegaron de España.

–Tatarabuelos pardos como tú –maulló dulcemente el gato.

Simón perdió la paciencia:





–Nadie, que yo sepa, se interesa por tu piel. En cambio, la nuestra vale sus pesos para fabricar unas buenas zapatillas o un cuello abrigador.

–Si a mí no me sacan la piel –afirmó Jacinto– es porque soy el regalón de doña Sara, mi ama. Pero las pieles de mis antepasados, debidamente teñidas, adornan el cuello de bellas mujeres.

Los conejos se pusieron a reír:

–¡Mujeres con pieles de gato! Ay, pronto veremos que ponen a secar tu cuero en estacas en el patio de tu ama.

–¡Eso no sucederá! –bufó el gato, poniendo cara de fiera.

–Claro que no, porque tu piel es de gato viejo.

En ese instante, una gran sombra cubrió la discusión y una voz dulzona comentó:

–Las pieles de zorro son las más famosas del mundo; nadie puede competir conmigo.



Clarita, rápida como el rayo, se metió con sus hijos en la madriguera; pero Simón, picado con el gato, no alcanzó a huir. Un poco pálido, dijo:

–Hoy es día de tregua ¿no?

–Así es, hasta que se ponga el sol –concedió el zorro.

Jacinto se había puesto un poco más lejos por precaución, y desde ahí maulló:

–Se nota que eres pariente lejano de los zorros plateados.



–Se nota ¿verdad? –se contoneó el zorro.

–Lástima que tu raza se esté acabando con la cacería humana –continuó el gato.

Simón se atrevió a lanzar una risita, pero el zorro lanzó un mordisco al aire que lo hizo estremecer.



–Yo tengo la mejor piel de todos los que vivimos aquí; la más grande, hermosa y de pelo abundante –alardeó el zorro–. Ni los conejos hippies de doña Sara lo discuten. Me rinden homenaje cuando me acerco a olerlos en su jaula.

–A mí también me rinden homenaje –gruñó Jacinto, erizándose.

–Es mejor que te calles: tu tontería puede distraerme –masculló el zorro–. Me sentaré aquí, Simón, entre tu madriguera y tu apetitosa persona hasta que el sol se ponga.

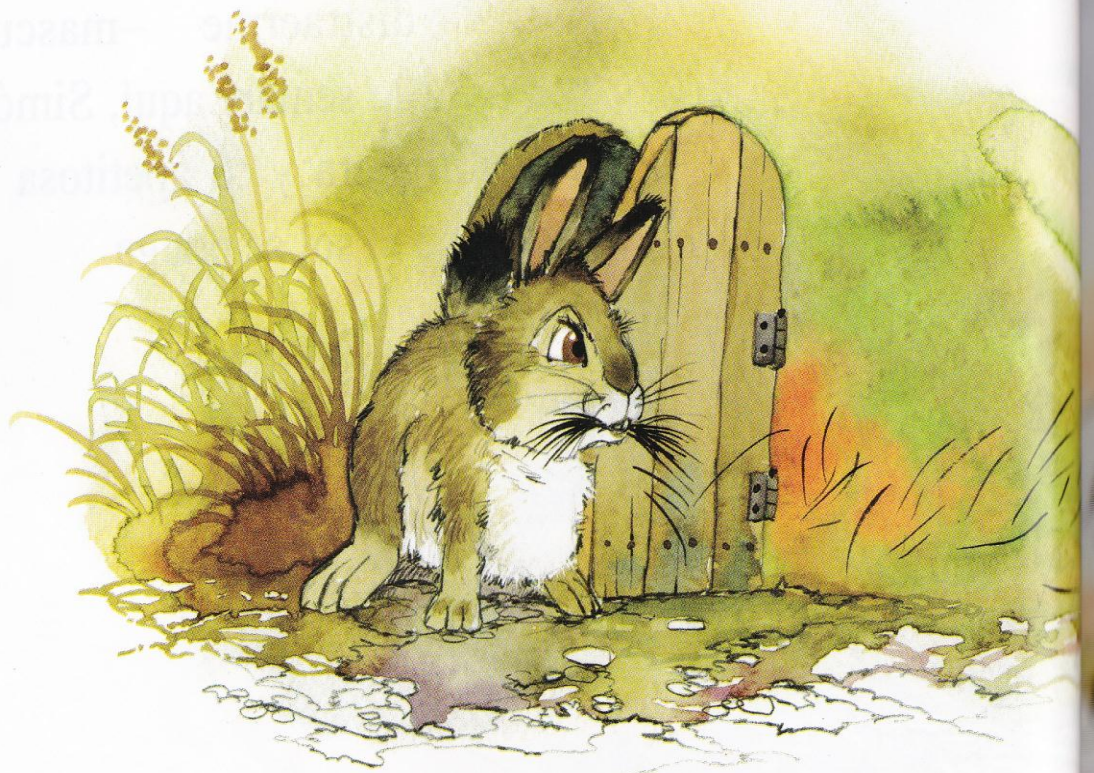


–La tregua también prohíbe las amenazas, conozco la ley de la selva – dijo el conejo, venciendo su miedo.

–Es demasiado tarde para reclamos. Contempla mi piel, Simón, porque tiene el color de una puesta de sol invernal.

El conejo se sintió perdido. Miró a su alrededor y sólo encontró los ojos indiferentes de Jacinto, en los que saltaba una chispa verde. El gato no quería perderse el espectáculo de la cercana cacería.

Entretanto, Clarita lloraba en la madriguera:



—¡Qué terrible, nada puedo hacer!

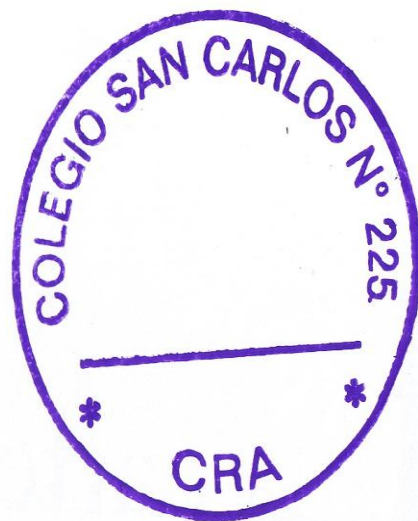
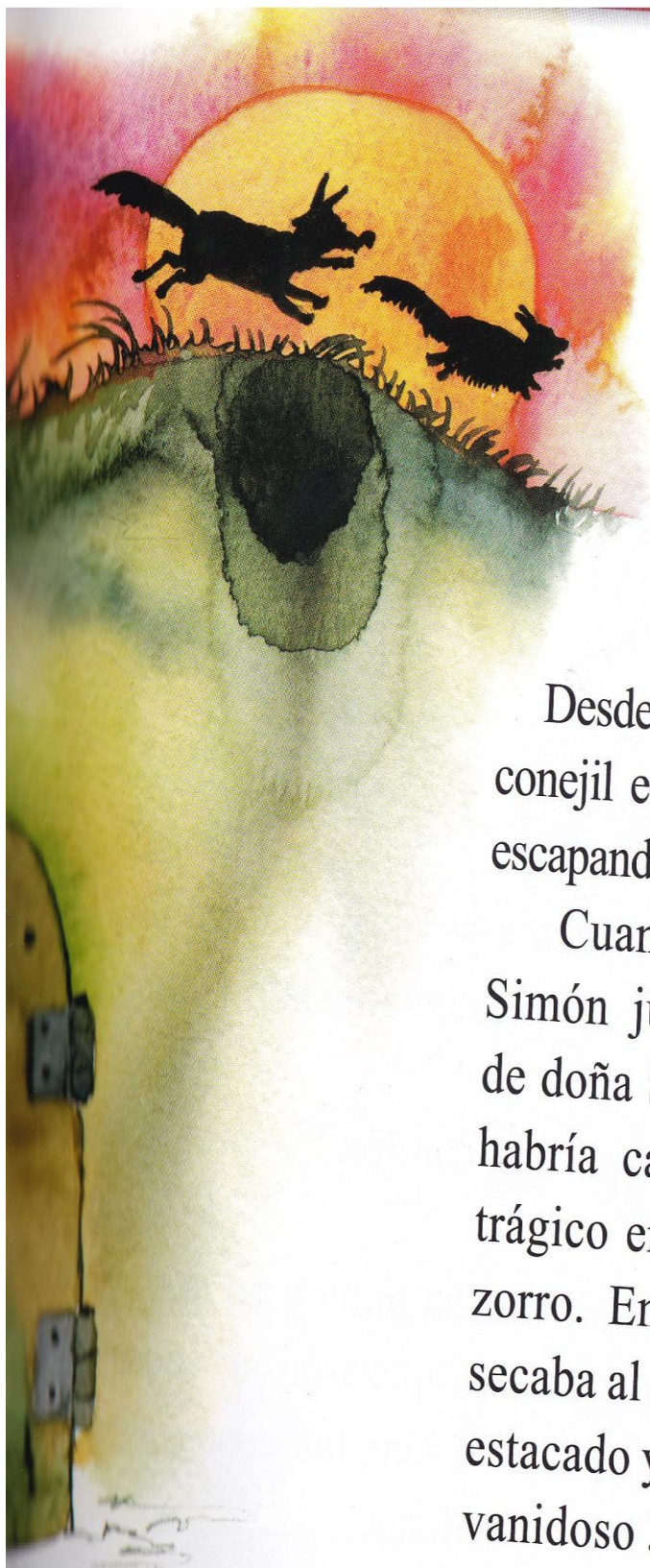
De pronto vio que en la entrada de la madriguera se asomaba la punta de la cola del zorro y tuvo una idea atrevida.

El sol se ponía ya y Simón preparaba sus patas para vender cara su vida. Justo en el instante en que el sol desapareció, el zorro sintió una feroz clavada en la cola, tan intensa, que en vez de perseguir al conejo giró en redondo dos o tres veces y luego salió disparado detrás del gato.



Clarita le había enterrado los dientes en la cola con toda la fuerza de la desesperación. Lo que aprovechó Simón para ponerse a salvo junto a su valiente esposa y los octillizos. Había comprendido que las leyes no valen para los tramposos, pero que siempre hay recursos inesperados para salvarse de ellos.





Desde su madriguera, la familia conejil escuchó los maullidos del gato escapando de las dentelladas del zorro.

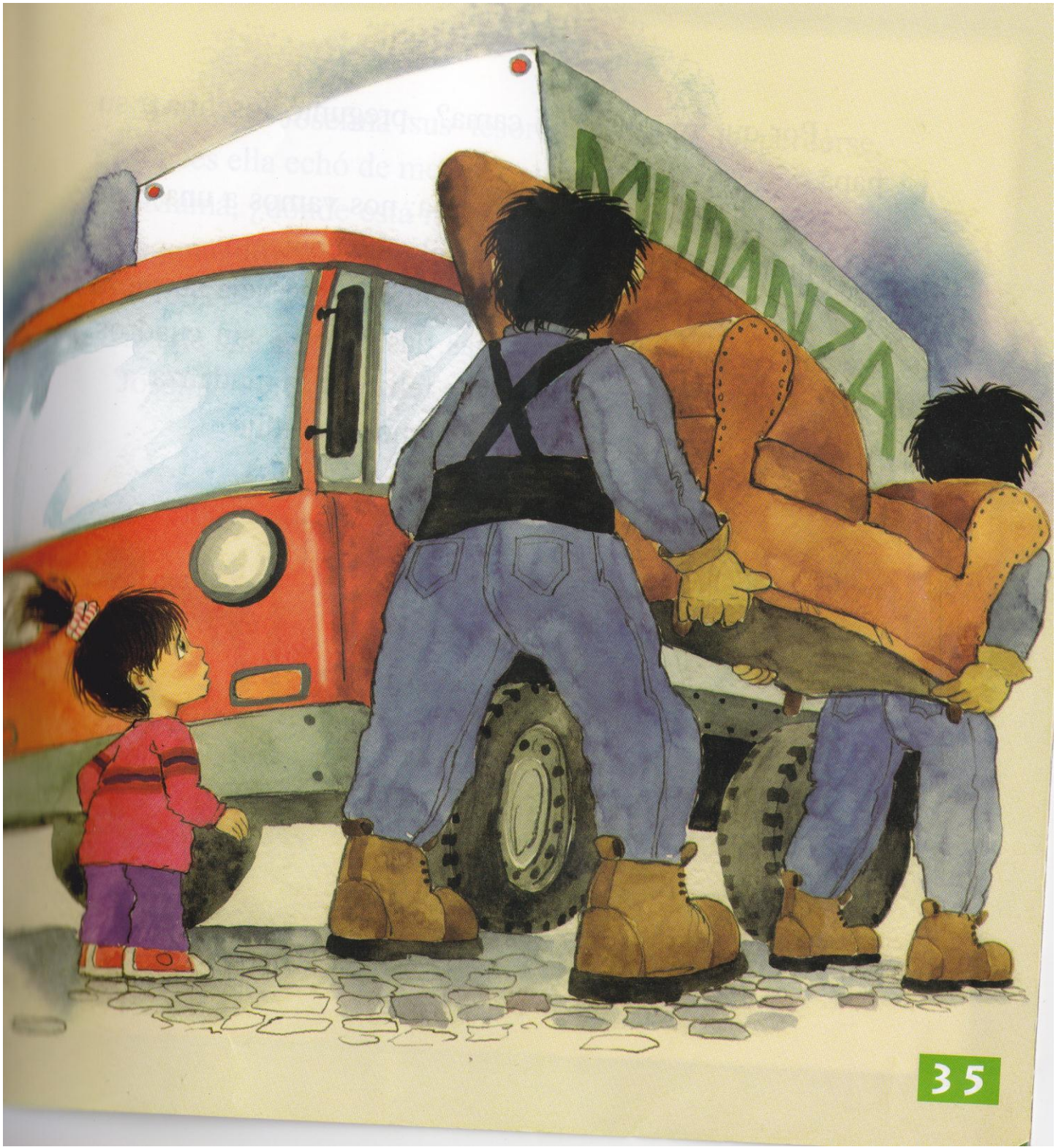
Cuando a los pocos días pasó Simón junto a la gran madriguera de doña Sara, se preguntó si Jacinto habría caído al fin, víctima de un trágico error, en las mandíbulas del zorro. En el patio de la señora se secaba al sol un cuero gris, muy bien estacado y muy parecido a la piel del vanidoso Jacinto.

# La cartera azul

Un día, llegó la mudanza a la casa de Josefina. Un camión enorme, parecido a una pieza, se instaló frente a la entrada de la casa.

—¿Para qué se detuvo aquí ese camión? —preguntó la niña.

Pero nadie le contestó, había mucha bulla y no la oyeron. Dos hombres como gigantes empezaron a sacar los muebles sin que nadie protestara. Todas las cosas estaban guardadas en cajas de cartón y en maletas.



–¿Por qué rompiste mi cama? –preguntó Josefina a su papá.

–Porque nos mudamos de casa; nos vamos a una casa más linda, con jardín –contestó él muy contento.

¡Qué raro irse a otra casa! ¡Qué rara se veía su pieza vacía! La ventana sin cortinas, las paredes sin cuadros. Noé, su hermano mayor, estaba feliz con la mudanza.

–Mira, guardé mis cosas en la mochila –dijo.



Mostró a Josefina sus tesoros a salvo de perderse.  
Entonces ella echó de menos su cartera.

–Mamá, ¿dónde está mi cartera azul? No la encuentro  
–preguntó afligida.

–No sé, en alguna de las cajas –le contestó ella desde  
arriba de una silla.

Josefina vio que los gigantes sacaban las últimas cajas.



–¡Se llevan mi cartera! –gritó afligida.

–No te preocupes, la encontrarás en la casa nueva  
–dijo la mamá.

Para no ver las habitaciones vacías, llenas de ecos, Josefina salió al patio. Por todas partes había cosas tiradas. Entre ellas, ¡la cartera azul! ¡Qué bueno que no se la habían llevado los gigantes! Abrió la cartera: estaban todos sus tesoros, el espejo, el collar, los vestidos de Pepita, junto a su pequeña muñeca, un corazón rojo y ¡la bolita de cristal en cuyo centro sonreía el hada Lalaluz! La misma Lalaluz que cada noche venía a acompañarla con sus reflejos en la pared.

–¡Encontré mi cartera! Por suerte no se la llevaron los gigantes –gritó. Pero por cierto nadie la escuchó.

Cuando la familia se subió al automóvil para irse a la casa nueva, Josefina, abrazada a su cartera azul, iba tan feliz y segura como Noé con su mochila y sus tesoros.



**FIN**